



# La Santa Sede

---

DOMINGO DE RAMOS  
PRIMERA JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

## *HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II*

*Domingo 23 de marzo de 1986*

1. “¡Bendito el *que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel! ¡Hosanna en el cielo!*” (Antífona de entrada).

Estas palabras se han proclamado precisamente hoy, el día en que la Iglesia celebra, cada año, este recuerdo: el Domingo de Ramos.

Estas palabras fueron pronunciadas con entusiasmo por los hombres que *habían ido a Jerusalén para la fiesta de Pascua*, como había ido también Jesús para celebrar su Pascua.

Según dice el texto litúrgico, estas palabras fueron proclamadas de modo particular por los jóvenes: “*pueri hebraeorum*”. *La participación de los jóvenes* en el acontecimiento del Domingo de Ramos es ya una tradición. De ello da testimonio también la ciudad de Roma y, especialmente, esta plaza de San Pedro. Este testimonio ha sido particularmente significativo en *los dos últimos años*: el Año del Jubileo, de la Redención y el *Año Internacional de la Juventud*.

2. Queridos jóvenes amigos: *Hoy estáis de nuevo aquí* para comenzar en Roma, en la plaza de San Pedro, *la tradición de la jornada de la Juventud*, a cuya celebración ha sido invitada toda la Iglesia.

Doy cordialmente la bienvenida y saludo *a todos los que habéis venido* no sólo de Roma y de Italia, sino también de España, de Francia, de Suiza, de Yugoslavia, de Alemania, de Austria y de otros diversos países. Saludo a todos los aquí *presentes*. Y al mismo tiempo en vosotros saludo a todos los que no están aquí, pero que hoy —o en cualquier otro día del año, según las diversas

circunstancias— manifiestan esta unidad que *es la Iglesia de Cristo en la comunidad de los jóvenes*. Por tanto, deseo saludar ahora a todos los que en todas partes —en cualquier país de los cinco continentes— celebran *la Jornada de la juventud*. El punto de referencia para esta jornada sigue siendo, como cada año, el Domingo de Ramos.

Os agradezco el hecho de *haberos preparado* a este domingo, aquí en Roma, con espíritu de recogimiento y oración, meditando el misterio pascual de Cristo, vinculado a la cruz y a la resurrección. Este misterio revela del modo más profundo a Dios: *Dios que es Amor*. Dios que “tanto amó al mundo, que le dio su unigénito Hijo” (*Jn 3, 16*). Al mismo tiempo este misterio permite al hombre *comprenderse totalmente a sí mismo: hombre*, en su dignidad y su vocación, como nos enseña el [Concilio Vaticano II](#).

3. Hoy, por consiguiente, *todos nosotros miramos a Cristo* —este Cristo— que (según la predicción del Profeta), *viene a Jerusalén* montado sobre un pollino, según la costumbre del lugar. Los Apóstoles han puesto sus vestidos encima, para que Jesús pudiera estar sentado. Y cuando se encontraba cerca de la bajada del Monte de los Olivos, todo el grupo de los discípulos, exultante, *comenzó a alabar a Dios a voces*, por los prodigios que había visto (cf. *Lc 19, 37*).

Efectivamente, en su tierra natal, Jesús había conseguido ya llegar con la Buena Nueva a mucha gente, a muchos hijos a hijas de Israel, a los ancianos y a los jóvenes, a las mujeres y a los niños. *Y enseñaba actuando: haciendo el bien*. Revelaba a Dios como Padre. Lo manifestaba con las obras y la palabra. Haciendo el bien a todos, de modo particular a los pobres y a los que sufren, preparaba en sus corazones *el camino para la aceptación de la Palabra*, aun cuando esta Palabra resultase, en un primer momento, incomprensible, como lo fue, por ejemplo, el primer anuncio de la Eucaristía; e incluso cuando esta *Palabra* era *exigente*, por ejemplo, sobre la indisolubilidad del matrimonio. Tal era y tal permanece.

Entre las palabras pronunciadas por Jesús de Nazaret se encuentra también una dirigida a un joven, a un joven rico. A este coloquio he hecho referencia en la Carta del pasado año a los jóvenes y a las jóvenes. Es un diálogo conciso, contiene pocas palabras, pero qué denso, qué *rico de contenido y qué fundamental es*.

4. Así, pues, hoy *contemplamos a Jesús de Nazaret*, que viene a Jerusalén; su llegada está acompañada con el entusiasmo de los peregrinos. “¡Hosanna al Hijo de David!” (*Mt 21, 9*).

Sabemos, sin embargo, que *el entusiasmo será sofocado* dentro de poco. Ya entonces “algunos fariseos de entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos” (*Lc 19, 39*).

Qué expresiva es la respuesta de Jesús: “Os digo que, *si éstos callan, gritarán las piedras*” (*Lc 19, 40*).

Contemplamos, por lo tanto, “al que viene en nombre del Señor” (Mt 21, 9) *en la perspectiva de la Semana Santa*. “Mirad, subimos a Jerusalén y... el Hijo del hombre será entregado a los gentiles, y escarnecido, a insultado, y escupido, y después de haberle azotado le quitarán la vida...” (Lc 18, 31-33).

Así, pues, se acallarán los gritos de la muchedumbre del Domingo de Ramos. El mismo *Hijo del hombre* se verá *obligado al silencio de la muerte*. Y la víspera del sábado, lo bajarán de la cruz, lo depositarán en un sepulcro, pondrán una piedra a la entrada del mismo y sellarán la piedra.

Sin embargo, tres días más tarde esta *piedra será removida*. Y las mujeres que irán a la tumba, la encontrarán vacía. Igualmente los Apóstoles. Así, pues, esa “piedra removida” *gritará*, cuando todos callen. Gritará. Proclamará el misterio pascual de Jesucristo. Y de ella *recogerán este misterio las mujeres y los apóstoles*, que lo llevarán con sus labios por las calles de Jerusalén, y más adelante por los caminos del mundo de entonces. Y así, a través de las generaciones, “gritarán las piedras”.

5. *¿Qué es el misterio pascual de Jesucristo?* Son los acontecimientos de estos días, particularmente de los últimos días de la Semana Santa. Estos acontecimientos tienen su *dimensión humana*, como dan testimonio de ello las narraciones de la pasión del Señor en los Evangelios. Mediante estos acontecimientos el misterio pascual *se sitúa en la historia del hombre*, en la historia de la humanidad.

Sin embargo, tales acontecimientos tienen, a la vez, su *dimensión divina*, y precisamente en ella se manifiesta el misterio.

Escribe concisamente San Pablo: “Cristo, a pesar de su *condición divina*, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, *se despojó* de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Flp 2, 6-7).

*Esta dimensión* del misterio divino *se llama Encarnación*. El Hijo de la misma sustancia del Padre se hace hombre y, como tal, se hace siervo de Dios: Siervo de Yavé, como dice el libro de Isaías. Mediante este servicio del Hijo del hombre, *la economía divina de la salvación* llega a su ápice, a su plenitud.

Continúa hablando San Pablo en la liturgia de hoy: “Actuando como un hombre cualquiera, se rebajó *hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz*” (Flp 2, 7-8).

*Esta dimensión* del misterio divino *se llama Redención*. La obediencia del Hijo del hombre, la obediencia hasta la muerte de cruz compensa con creces *la desobediencia* hacia el Creador y Padre *contenida en el pecado del hombre* desde el principio.

Así, pues, el misterio pascual es la única *realidad divina de la Encarnación y de la Redención, introducida en la historia de la humanidad*. Introducida en el corazón y en la conciencia de cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros está presente en este misterio mediante *la herencia del pecado*, que de generación en generación conduce a la muerte. Cada uno de nosotros encuentra en ella *la fuerza para la victoria sobre el pecado*.

6. El misterio pascual de Jesucristo *no se agota en el despojo de Cristo*. No lo cierra la gran piedra puesta a la entrada del sepulcro tras la muerte en el Gólgota.

Al tercer día esta *piedra será removida por la potencia divina y comenzará a “gritar”*: comenzará a hablar acerca de lo que San Pablo expresa con estas palabras de la liturgia de hoy:

«Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble —en el cielo, en la tierra, en el abismo—, y toda lengua proclame: “¡Jesucristo es Señor!”, *para gloria de Dios Padre*» (Flp 2, 10-11). *Redención significa también exaltación*.

La exaltación, es decir, la resurrección de Cristo *abre una perspectiva absolutamente nueva en la historia del hombre*, en la existencia humana, sometida a la muerte a causa de la herencia del pecado. Por encima de la muerte está la perspectiva de la vida. *La muerte forma parte de la dimensión del mundo visible; la vida está en Dios*.

El Dios de la vida nos habla con la cruz y con la resurrección de su Hijo.

Esta es la última palabra de su Revelación. *La última palabra del Evangelio*. Justamente esta palabra está contenida en el misterio pascual de Jesucristo.

7. Mediante la cruz y la resurrección, mediante el misterio pascual, Cristo dirige a cada uno de nosotros la llamada: “Sígueme”.

La dirigió al joven del Evangelio en el camino de su peregrinación mesiánica, pero entonces la verdad sobre Él (sobre Cristo) no había sido aún revelada en su plenitud.

*Ha de revelarse en su totalidad* en estos días. Ha de ser complementada con su pasión, muerte y resurrección. Ha de convertirse en respuesta a los interrogantes más fundamentales del hombre. Ha de *convertirse en desafío de la inmortalidad*.

Precisamente en estos días, vosotros jóvenes habéis venido junto a los sepulcros de los Apóstoles. Aquí, donde Pedro y Pablo hace casi dos mil años dieron testimonio de Cristo, quien mediante la cruz ha venido a ser “el Señor, para gloria de Dios Padre”.

*Hemos decidido celebrar en la Iglesia la Jornada de la Juventud precisamente en este domingo.*

8. Realmente *no quedaron decepcionados* los que durante la entrada de Jesús en Jerusalén gritaban: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”.

Tampoco quedaron decepcionados los jóvenes: “*pueri hebraeorum*”.

El viernes por la noche todo parecía testimoniar la victoria del pecado y de la muerte. Sin embargo, *a los tres días*, ha hablado de nuevo la “*piedra removida*” (“*gritarán las piedras*”).

Y no quedaron decepcionados. Todas *las expectativas del hombre*, cargado con la herencia del pecado, han sido *completamente superadas*.

Dux vitae mortuus — regnat vivus.

No quedaron decepcionados.

Y por esto celebramos en este día la Jornada de la Juventud. En efecto, este día está *vinculado a la esperanza que no decepciona* (cf. *Rm 5, 5*). Las generaciones que siempre se renuevan necesitan esta esperanza. La necesitan cada vez más.

*No quedaron decepcionados* los que gritaron: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”. Sí. Llega. Entró en la historia del hombre. *En Jesucristo Dios entró definitivamente en la historia del hombre*. Vosotros jóvenes, debéis encontrarlo los primeros. Debes encontrarlo constantemente.

*“La Jornada de la Juventud” significa precisamente esto: salir al encuentro de Dios, que entró en la historia del hombre mediante el misterio pascual de Jesucristo*. Entró en ella de manera irreversible.

Y quiere encontraros antes a vosotros, jóvenes. Y a cada uno quiere decir: “Sígueme”.

Sígueme. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Amén.